

Sacco y Vanzetti, Ethel y Julius Rosenberg,
Martin Lutero King, George Jackson...



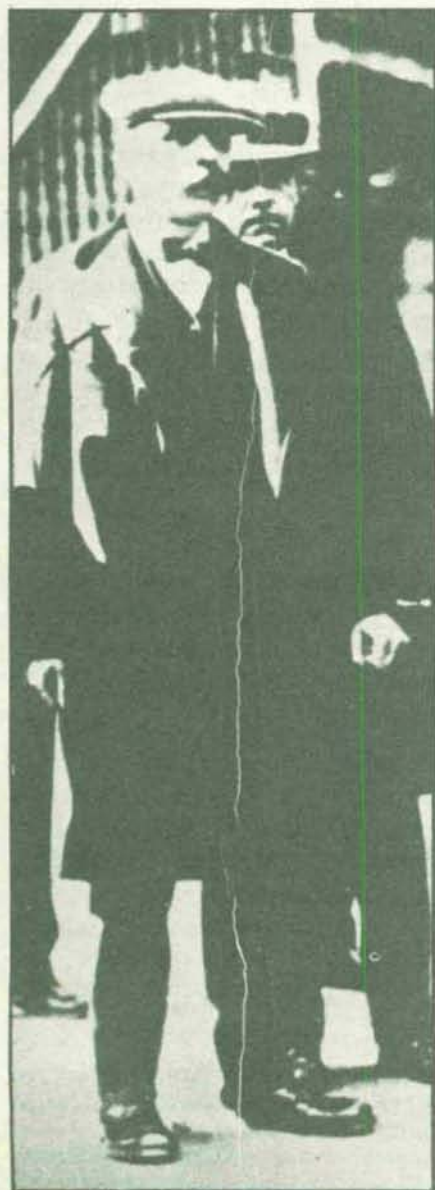
«¿Sadismo?», cuadro del Equipo Cronica (Rafael Solbes y Manuel Valdés) presentado en diciembre de 1968 dentro de la serie «La Recuperación».

Las muertes que yo he conocido

José Yglesias

1. SACCO Y VANZETTI

ME vinieron a la memoria Sacco y Vanzetti poco después de mi llegada a Nueva York en 1937. Entonces pude desglosar por primera vez unas sílabas que yo había oído repetidamente en mi niñez pronunciadas en español con una sola palabra: Sacco y Vanzetti. Igual que la frase **que en paz descansen**, que en español se coloca detrás de los nombres de los seres queridos que ya dejaron de existir. En Nueva York leí la carta de despedida de Sacco con su



Bartolomeo Vanzetti, pescadero de profesión, mantuvo sus ideas anarquistas hasta el mismo momento de su muerte. De ello queda constancia en el libro que recoge sus cartas, recientemente publicado en España.

famosa frase **«de no haber sido por aquello»**, cuando apareció en forma de verso en una antología de la poesía moderna. Había además referencias a aquel caso en artículos políticos, críticas literarias y en los libros más extraños. Descubrí también una obra de teatro (**Winterset**) que utilizaba como tema literario aquel acontecimiento que yo creía que sólo había interesado a mi familia y a la pequeña comunidad latina del sur de los Estados Unidos en el seno de la cual viví durante mi niñez. Todo aquello fue, pues, para mí una auténtica revelación.

Yo trabajaba como botones en la cafetería de los almacenes Hearn, en el cruce de la calle 149 con la Tercera Avenida. Entre los que allí iban todas las mañanas a tomar café había un sindicalista al cual yo, para demostrar mi independencia, siempre trataba con especial atención. El encargado de la cafetería me veía merodear en torno a la mesa de Nick, pero no se atrevía, como hacía otras veces, a decirme que me ocupara de esto o aquello. Nick tenía por aquel entonces veintitantos años y había nacido en Nueva York de padres italianos. Había entre él y yo un lazo más bien intuído que abiertamente expresado: yo era para él, y él era para mí, la única persona conocida que, sin ser judía, tuviese preocupaciones de tipo social (que fuese izquierdista, como se dice ahora).

«El viejo me llevó a la Union Square la noche en que los ejecutaron», me explicó Nick un día. «Se había congregado una auténtica multitud. Yo me agarré a él; temía perderme entre los miles y miles de personas allí reunidas. Reinaba un gran silencio que casi daba miedo».

«¿Qué ocurrió entonces?», le pregunté mientras pasaba por la mesa un trapo húmedo para despistar al encargado.

«Nada. Creo que empezaron a cantar», contestó Nick. «Sí, eso es. Recuerdo que el viejo se puso a cantar 'Avanti Popolo'». Hablaba con los ojos en el vacío, y sonreía. «Aquella noche muchos cobraron una auténtica conciencia social», añadió mirándome fijamente.

Aquella tarde yo la había pasado en la localidad de Florida, donde vivía, jugando en la calle con la despreocupación propia de un chaval de siete



Nicola Sacco, ajusticiado junto con Vanzetti el 23 de agosto de 1927. Víctimas de una acusación sin pruebas que les hacía responsables de atraco y asesinato, lo que se condenó en realidad fue su anarquismo.



Desde su detención hasta su muerte en la silla eléctrica, más de siete años permanecieron encarcelados Sacco y Vanzetti. Durante este tiempo, un amplísimo movimiento internacional de solidaridad apoyó la puesta en libertad de estos dos anarquistas italianos cuyas efigies tras las rejas contemplamos.



años. Fue necesario que mi madre me llamara repetidas veces para que dejara mis juegos y volviera a casa, cansado y sudoroso. En mi familia predominaban las mujeres —mi madre, mis tías, mis primas— y recuerdo que cada vez que, sentado a la mesa, trataba de meter la mano en el cestillo de fruta artificial que había en el centro de la mesa, alguna de mis primas advertía a mi madre de mis intenciones, por lo que yo nunca conseguía clavar las uñas en el plátano, en las dos peras o en el racimo de uvas. Poco después de volver a casa llegó mi primo Pancho; era un hombre maduro y de interesante conversación.

Venía todo colorado, como si hubiese estado jugando igual que yo, y desorbitó los ojos mientras nos anunciaba: «¡Los han ejecutado!» «¿Están muertos?», preguntó su esposa.

Mi primo levantó una mano impacientemente. «¡Los han ejecutado!», repitió iracundo. «¡Qué bárbaros!», dijo mi tía. «¡Asesinos!», exclamó mi madre.

Pancho se sentó a la mesa sin mirar a nadie e hizo con la cabeza un gesto de preocupación.

«Los han matado», repitió su mujer.

Jamás los había visto tan preocupados. «¿A quién han matado?», pregunté. «¿A Rodolfo Valentino?»

«A Sacco y Vanzetti, que en paz descansen», contestó mi madre tras una breve pausa *

* N. de la R. de TIEMPO DE HISTORIA.— Sobre el proceso de los dos anarquistas ajusticiados, publicamos en el número 10 el artículo de María Ruipérez «El asesinato legal de Sacco y Vanzetti». La amplitud y concreción de este trabajo han hecho innecesaria la reseña de la excelente y fidedigna película de Giuliano Montaldo, estrenada recientemente.

2. ETHEL Y JULIUS ROSENBERG

NO recuerdo la fecha exacta, pero sé que fue una tarde de junio de 1953. Mi mujer me llamó a la oficina hacia eso de las cuatro para comunicarme la noticia de que Ethel y Julius Rosenberg podían ser ejecutados ese mismo día. Llevaba yo dos años trabajando en el departamento internacional de una importante firma, en donde había ingresado tras dejar mi empleo en una publicación comunista que se había visto obligada a reducir drásticamente su plantilla como consecuencia de la guerra fría. La compañía donde yo trabajaba ignoraba esta última circunstancia, por lo que cada vez que mi secretaria me comunicaba que el vicepresidente deseaba verme, yo me echaba a temblar temiendo que se hubiesen enterado por fin de mi anterior ocupación.

Mi mujer no quería manifestarse por teléfono claramente. Siempre que utilizamos el teléfono tomamos las debidas precauciones, pues muy bien podría estar escuchando otra persona: un enemigo. «Las cosas se han puesto muy mal para Ethel y Julius, me anunció mi esposa. «Quisiera verme contigo cuanto antes».

«¿Dónde?».

«No sé», contestó vacilante. «Tal vez en la Union Square».

«¿Te veo allí entonces?», le pregunté.

«No, te esperaré a la puerta de tu oficina. A los niños los dejaré en casa de algún amigo».

Recuerdo que llevaba un vestido de verano blanco estampado de flores azules, ceñido por un estrecho cinturón del mismo color que las flores. La primera vez que se lo vi puesto, le dije que me gustaría verla corriendo con aquel ves-

tido por un campo de margaritas. Tomamos la línea de metro de la Sexta Avenida hasta la Calle 14, y luego caminamos en dirección este, hacia la Union Square. Era un viernes por la tarde y había muchísima gente en las calles, haciendo sus compras de fin de semana. Los jueces del Tribunal Supremo habían sido trasladados otra vez a Washington para que cancelasen el aplazamiento de la ejecución concedido por uno de ellos, Douglas, a instancias de los nuevos abogados de los

Rosenberg. Estos eran judíos, y el sábado judío comienza el viernes al ponerse el sol. Los *verdugos cristianos* se muestran muy respetuosos con las fiestas religiosas de sus víctimas; por ello era probable, según mi mujer, que Ethel y Julius Rosenberg, que habían pasado dos años en las celdas para condenados a muerte de Sing Sing, fuesen electrocutados antes de que los componentes de aquella abigarrada multitud que llenaba las calles llegasen a sus hogares para comenzar el sagrado fin de semana.

Nadie acudió a la Union Square con el mismo propósito que nosotros. O casi na-



«Todos sabíamos que había una línea directa entre Sing Sing y la Casa Blanca —escribe José Yglesias—, y que Ethel y Julius Rosenberg no tenían más que confesar su culpabilidad para que el Presidente suspendiese inmediatamente la ejecución». Lo que el matrimonio Rosenberg (en la imagen) no hizo nunca, siendo electrocutado en la silla eléctrica.

die. En la esquina que forma la calle 14 con la University Place vimos las primeras caras conocidas. Dos ancianas judías de Washington Heights. Dos mujeres totalmente politizadas, que se dedicaban asiduamente a recaudar fondos, solicitar firmas y distribuir panfletos y periódicos, y que no se perdían una sola manifestación, dos auténticas **bubas** judías. Incluso cuando hacían alguna exhortación política utilizaban, para dirigirse a los demás, la palabra «darling» (querido). Mi mujer y yo las conocíamos por el nombre de «las Emma Lazarus», porque casi todas las judías politizadas de nuestra vecindad pertenecían a la rama Emma Lazarus de la «International Workers Order», fraternal organización que dispensaba a sus miembros ayuda médica y de otros tipos a la vez que hacía propaganda en pro del partido comunista. Mi esposa llevaba la contabilidad de varias de las filiales que esta organización tenía en Washington Heights, y en una de las reuniones económicas celebradas en nuestro apartamento a las que asistían los delegados de los diferentes grupos, uno de los asistentes, representantes de un grupo compuesto sólo por varones judíos, discutió con una viejecita a la que se refirió repetidamente con el nombre de Emma Lazarus. No lo hacía con ninguna ironía, pero para nosotros, aquel epíteto combinaba perfectamente nuestro afecto y nuestra irritación.

Cuando se cruzaron con nosotros aquella tarde, las Emma Lazarus no nos lanzaron las abiertas sonrisas de aprobación con las que nos gratificaban cada vez que nos veían en algún mitin o manifestación —para ellas representábamos «la juventud»— sino que, debido a lo tirste de aquella oca-

sión, se limitaron a hacer un gesto de reconocimiento con la cabeza y continuaron su camino en dirección norte por una de las aceras de la plaza. Mi mujer y yo nos dispusimos a seguirlas. Debían de saber dónde iba a celebrarse el mitin a favor de los Rosenberg —en aquella época todavía creíamos en milagros, en indultos de última hora, en conmutaciones de penas de muerte; y, sin embargo, por aquellos días eran siempre tan pocos los asistentes a los mítines públicos que éstos parecían invisibles.

Aquel mitin no había sido anunciado previamente —no hubo tiempo material para ello— y el comité que se había encargado de dar publicidad al caso de los Rosenberg durante casi tres años confiaba únicamente en la presencia de los pocos y atemorizados miembros del partido comunista. En Union Square no vimos multitudes, ni banderas, ni oímos canto alguno. Las Emma Lazarus se metie-

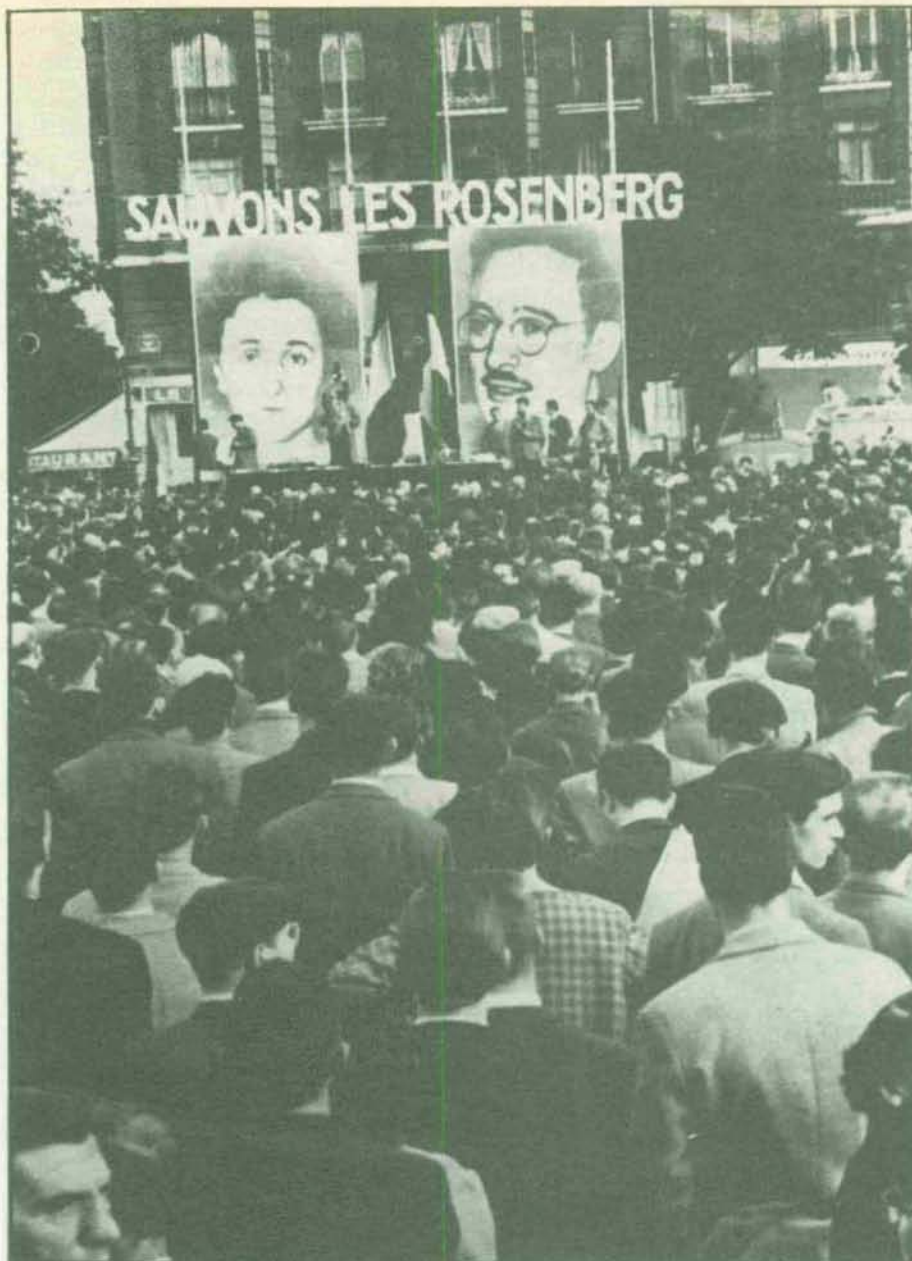


Ethel y Julius Rosenberg fueron condenados como «escarmiento para los comunistas» en plena etapa de la guerra fría. Acusado de espionaje en favor de la Unión Soviética, el matrimonio Rosenberg —vemos aquí a ella en una foto familiar— sería la víctima propiciatoria.

ron por la calle 16, situada al oeste de la plaza, donde resultó que se estaba celebrando el mitin. En la entrada de aquella calle habían sido colocadas diversas barreras que obstaculizaban el paso, y había allí tantos policías, tantos fotógrafos, que obviamente no trabajaban para la prensa, que entrar en aquella calle era como entregarse a las autoridades. Los esfuerzos que tuve que hacer para abrirme paso me dejaron medio atontado.

Cuando volví a recobrar plenamente el conocimiento, pude oír las palabras de uno de los oradores. No brillaba precisamente por su elocuencia, y esto me irritó. Se limitaba a recitar los hechos, las injusticias e ironías, a contar-nos lo que ya sabíamos: que cualquiera de los presentes podía haber sido elegido por el poder en lugar del matrimonio Rosenberg para demostrar al pueblo americano que los comunistas son todos unos traidores. De las dos o tres mil personas allí reunidas no parecía haber nadie a quien yo no conociese al menos de vista, pero sólo los amigos más íntimos lograban superar la congoja que a todos nos atenazaba para acercarse y hacer un discreto gesto de saludo con la cabeza. Todos sabíamos que había una línea directa entre Sing Sing y la Casa Blanca, y que Ethel y Julius no tenían más que confesar su culpabilidad para que el Presidente suspendiese inmediatamente la ejecución.

Y allí estábamos todos, nada acostumbrados a desempeñar cualquier papel en una tragedia, nerviosos por nuestra impotencia en un momento como aquél que estábamos viviendo, totalmente desarmados por un hecho del que ya habíamos tomado conciencia tres años antes, pero que sólo ahora nos atrevíamos a reconocer —que a nadie del país le



A lo largo de toda Europa, manifestaciones masivas —como esta, desarrollada en París— se originaron para intentar salvar a los Rosenberg. Pese a tal apoyo público, nada se consiguió y el matrimonio fue ejecutado en el verano de 1953.

importaban nuestras profecías políticas ni nuestras personas. «Por favor, sálvenles», exclamó una viejecita a nuestro lado.

Entonces apareció en el estrado un joven novelista que había dejado de escribir dos años antes para dedicarse enteramente al comité, encargado de la defensa de los Rosenberg. «Amigos, anunció por el micrófono con voz quebrada, Ethel y Julius están en la cámara de ejecución». Los que allí estábamos no formá-

bamos un solo cuerpo. El significado de aquellas palabras no nos llegó colectivamente, sino de modo individual; esto lo pude apreciar por las diferentes reacciones de la gente.

La fuerza que se nos escapa les favorece a ellos, pensé yo entonces. Sentí como una corona de fuego en torno a mi frente. Me llevé las manos a la cabeza como si fuera a arrancármela, y oí un largo y débil quejido tan cerca de mí que mi cuerpo se echó a temblar. «¿Qué te ocurre?», me pre-

guntó mi mujer, y entonces me di cuenta de que era yo mismo quien había emitido aquel gemido.

En torno a nosotros vimos escenas de dolor. Había mujeres tendidas en la acera, sin fuerzas para llorar de pie. Había también grupos de tres y cuatro personas que se daban las manos unas a otras. Algunos hombres se mantenían discretamente aparte y miraban continuamente en torno suyo como si aguardasen instrucciones que, sin embargo, nunca llegaban. ¿Qué podía hacerse? Así habían ido otros de su raza camino de los hornos crematorios, silenciosamente, sin cánticos. El joven novelista siguió hablando por el micrófono: habían asesinado a Ethel y a Julius, pero no habían logrado destruir lo que se proponían; ahora sabían que no tendrían suficiente valor para volverlo a hacer.

Mientras el joven novelista continuaba su exhortación, los policías empuñaron sus porras para disolver a los congregados. «Vamos, muévanse», gritaron en un tono de voz aprendido en la academia. «Se acabó la reunión».

El micrófono enmudeció de repente. Un policía pasó a mi lado, gritando que nos disolviésemos, y me dio tanta vergüenza de que hubiese visto mi rostro bañado por las lágrimas que le di inmediatamente la espalda para abandonar la reunión por el lugar opuesto a aquel por donde había entrado. Al final de aquella calle, que desembocaba en el río Hudson, vi el sol sobre el horizonte como un enorme globo de fuego, y desde mi infancia, desarrollada en el golfo de Méjico, yo sabía que cuando más radiante aparece el astro, es cuando está a punto de ocultarse a nuestra vista. Delante de nosotros caminaban las Emma Lazarus.

3. MARTIN LUTERO KING

MIENTRAS me dirigía a Atlanta, en 1968, apunté en mi cuaderno de notas una pregunta que quería formular a Martin Lutero King: la de si aún creía que el sufrimiento no merecido puede ser redentor. No era la típica pregunta que haría un periodista con experiencia que hubiese recibido el encargo de escribir un artículo sobre la proyectada Campaña de los Pobres. Y el caso es que nunca llegué a formularle esa pregunta. No porque madurase profesionalmente durante la semana que pasé allí, sino porque me avergonzaba de hacer una pregunta de ese tipo.

La última vez que estuvimos juntos King y yo fue en el ae-

ropuerto de Atlanta. Acabábamos de volver en un avión particular de un viaje de dos días por Mississippi y Alabama, y los dos andábamos buscando un teléfono público. King no tenía tiempo de volver a casa antes de volar a Cleveland, y su secretaria había ido a verle al aeropuerto provista de una cartera repleta de cartas, mensajes, preguntas a él dirigidas, etc. Martin Lutero quería llamar a su mujer, y ambos nos pusimos a recorrer los pasillos de la terminal por ver si encontrábamos algún teléfono libre. Martin Lutero parecía no fijarse en las miradas de los blancos que nos encontrábamos al pasar y que hacían visibles esfuerzos

para disimular su asombro ante la presencia del famoso personaje negro. Después de diez minutos de infructuosa búsqueda encontramos por fin un teléfono libre en la sala de espera de la línea aérea por la que iba a volar. King se sentó en una de esas cabinas modernas sin paredes ni puertas, y mientras él hablaba, yo saqué mi cuadernito para consultar el número de mi hotel. Al hajarlo entonces, descubrir la pregunta que había anotado una semana antes. Podía hacer ahora aquella pregunta medio en broma, pues era consciente de que cualquier sufrimiento que Lutero King o sus seguidores de la Campaña de los Pobres padeciesen no sería, gracias a Dios, inmerecido.

Un negro delgado y erguido, de mediana edad, oficial de la



Encabezando la célebre Marcha por los Derechos Civiles, Martin Lutero King protagonizó uno de los más importantes episodios en la lucha contra el racismo. Junto a él, más de diez mil mujeres y hombres mostraron entonces su repulsa hacia cualquier tipo de discriminación.

marina de baja graduación según pude comprobar por su uniforme, se acercó para preguntarme: «Es él, ¿no?», y esperó pacientemente a que King terminase de hablar. Yo había advertido ya antes el efecto que ejercía la presencia de Martín Lutero en las personas de su raza: primero, expresiones de admiración y asombro, murmullos, luego, seguidos de exclamaciones de apoyo y aplausos. Aquel negro se limitó a encender un cigarrillo para calmar los nervios.

«Dr. King», dijo cuando Martín Lutero hubo acabado de hablar, y le tendió la mano al tiempo que se presentaba.

King se la estrechó cordialmente: «Encantado de conocerle».

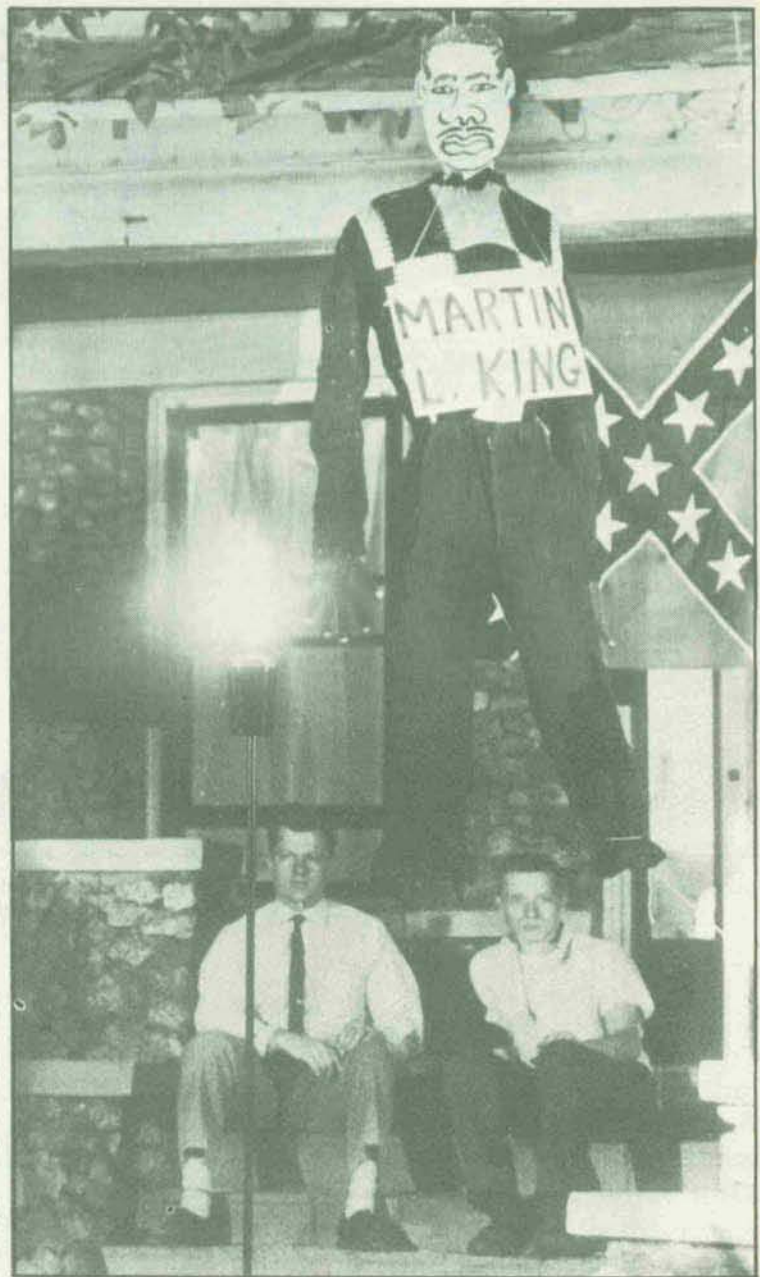
«Qué suerte, señor», replicó el otro. «Llevo veinticinco años en el Ejército, y ahora estoy en la sección de personal. Me paso todo el año viajando de un lado para otro...»

King le escuchó atentamente como si estuviese frente a un viejo amigo; no quiso darle la impresión de estar atareado: «Debe ser interesante eso de viajar por todo el país».

«Sí, y quisiera felicitarle por su eficacia», replicó el marino, luchando con las palabras, como si se diese cuenta de que éstas no brillaban tanto como en otras ocasiones. «Y también por su liderazgo, señor. He podido comprobar cómo han mejorado las cosas gracias a usted.»

Irónico remate de un viaje de dos días, el primero de los efectuados con vistas a organizar la Campaña de los Pobres, y durante el cual King había repetido sin cesar ante auditorios negros algo que sus oyentes sabían tan bien como él: que las acciones en pro de los derechos civiles no habían mejorado la suerte de los negros. Antes bien, la situación había empeorado. Era como

Una macabra imagen que resultó trágicamente profética: el reverendo Martín Lutero King colgado de manera simbólica en la Convención del Partido Nacional para los Derechos de los Blancos, de Birmingham. Meses después y con otros métodos, los deseos de estos derechistas se harían realidad.



para soltar una carcajada. Sé que el propio King hubiese reído a gusto: era un hombre que sabía apreciar los elementos cómicos de las empresas humanas. Pero se limitó a escuchar a su interlocutor con simpatía. «Queda mucho por hacer todavía en favor de los pobres, ¿no cree usted?», replicó Martín Lutero como aceptando el cumplido, pero rechazando su contenido.

«Claro que sí, señor», contestó el marino.

Su afabilidad obedecía al orgullo que obviamente sentía en presencia de King. Me re-

cordaba en cierto modo a una asistente negra que tuvimos en Nueva York diez años. Grace, que así se llamaba, estaba orgullosa de trabajar para gente como nosotros, orgullosa de que yo considerase un honor el ir a ver a Martín Lutero King y de que me molestase, al volver a casa, en contarle mi experiencia. Pero siempre encontraba alguna excusa para no sentarse a comer o cenar con nosotros, y aunque, años antes, se había avenido por fin a llamarnos por nuestros nombres de pila, jamás conseguimos que omitiese el apelativo de Miss o



El asesinato de Martin Lutero King causó una enorme conmoción en todo el mundo civilizado. A primeros de abril de 1968, la ciudad de Memphis sería triste escenario del fin de un hombre que había dedicado su vida a combatir pacíficamente por los Derechos Humanos.

Mister delante de los mismos. Cuando le hablé de la proyectada Campaña de los Pobres, Grace murmuró varias veces seguidas: «Que Dios le bendiga, que Dios le bendiga.»

Naturalmente, tenía mucho cuidado de no mencionarle la presencia de los nacionalistas negros que asistían a las reuniones de Mississippi o de Alabama. Esto le hubiese chocado. Era una mujer muy piadosa que llevaba siempre una peluca en lugar del peinado «afro» que caracterizaba a los nacionalistas negros por aquel entonces.

«Apártate, blanco», solían decir éstos desafiantes.

«Lo siento», contestaba el cameraman al que iban dirigidas esas palabras. «Formo parte del grupo del Dr. King.»

«No me importa con quién estés. No te me acerques con eso.»

Unas seis semanas más tarde apreció mi artículo en torno a King. Tres días después me llamó un amigo para comunicarme que King había sufrido un atentado. «Va a morir», dije y de repente me lo imaginé riendo a carcajadas, todo su cuerpo agitado por un inmenso gozo. Llamé a Grace, que estaba ocupada en otra habitación, y le conté lo que acababa de oír. Nuestra asistente desorbitó los ojos y dio un solo «oh» de asombro por respuesta. Un minuto después, Grace estaba vestida con ropa de calle, dispuesta a salir precipitadamente. Ni siquiera me preguntó si la radio, que encendí inmediatamente, había transmitido alguna nueva noticia.

Al mediodía del día siguiente, una multitud se dirigió hacia el Central Park West, donde iba a celebrarse una gran reunión. Cuando llegamos, se

había congregado ya en el centro del parque una gran muchedumbre. Al principio no pude distinguir bien lo que decían los oradores, porque los altavoces no amplificaban con suficiente claridad el sonido. Un editor liberal, que se limitaba a publicar obras de intelectuales izquierdistas y radicales, se me acercó y me dijo con un suspiro de sufrimiento: «¡Qué barbaridad!» «¡Sí!», repliqué aunque sin saber exactamente a qué asentía.

A través de los altavoces llegaba un guirigay de voces entremezcladas.

El editor hizo un gesto de preocupación con la cabeza: «Una vergüenza.»

«¿Qué es lo que ocurre?», le pregunté.

«¡Se han hecho dueños del mitin!»

De repente comprendí. Un joven negro comunicó a los

blancos por micrófono que debían marcharse. «Váyanse a la Quinta Avenida, este lugar es nuestro». El editor se marchó profundamente disgustado.

De nuevo surgió una disputa en la plataforma donde estaba instalado el micrófono, y los negros, que se habían hecho dueños de la situación, permitieron por fin hablar al doctor Spock. Este rindió homenaje a la labor de King en pro de la paz, pero nada dijo de lo que estaba ocurriendo en la reunión. Fue el único blanco que habló en la reunión.

Después del doctor Spock se acercó al micrófono una mujer negra cuyo nombre yo desconocía. Pero con una voz profunda, plena, esa voz de mujer negra inmersa en la psique del varón blanco americano: sabia, tolerante, burlona, la mítica «mammie», sedante como un baño caliente; pero al mismo tiempo meliflua, medio alegre y medio triste, coqueta, cumplidora y dedicada plenamente a su marido como Ethel Waters.

Por el micrófono la mujer repitió un nuevo estribillo, alargando las vocales como en un viejo blues: «He was the l-a-a-a-st of the good niggers! He was the last of the go-o-o-d niggers!» (Fue el último negro bueno).

Había tanta verdad en las palabras de aquella mujer que nadie se sintió ofendido. Tenía tanta razón aquella negra que casi consiguió hacerme olvidar que King no había sido nunca un negro «bueno», que durante los seis últimos meses de su vida había sido incluso un negro peligroso. Pero yo comprendí el sentido exacto de sus palabras, y seguí donde estaba. Si había que llorar la muerte de King, había de ser a la manera de aquellos negros. No había redención posible para King.

4. UN HEROE ANONIMO DE LA CLASE MEDIA BRASILEÑA

EN mi libreta de direcciones figuran el nombre, la dirección y el número de teléfono de un brasileño que ya no vive. Hace casi un año, dos hombres llamaron a su puerta y le pidieron que los acompañase a la comisaría para ser sometido a un interrogatorio rutinario. Eran dos agentes de la secreta.

Trato de recordar la hermosa calle en la que se levantaba la pequeña pared de estuco que rodeaba aquella casa. Las fachadas de las viviendas estaban todas pintadas al pastel; y una vegetación tropical rebasaba las vallas dispuestas a lo largo de la calle. Al final de ésta, la coruscante arena y las aguas verdiazules de una playa que se extiende a lo largo de toda la costa del Brasil. Una zona de moda: cuando llegó al Brasil el gobernador Rockefeller, los estudiantes

radicales escribieron con pintura roja en la puerta que había frente a la casa de mi amigo las palabras «Rocky-Go Home!»

La primera noche que pasé en mi casa le dije a mi amigo: «Los jóvenes niegan la posibilidad de una solución política, afirman que sólo la guerra de guerrillas logrará acabar con los generales.»

«¡Eso es una locura!», me contestó, pero su rostro no se ensombreció lo más mínimo. Antes bien, mi amigo se echó a reír.

Tenía unos cuarenta años, y no era nada vanidoso. No se había dejado crecer patillas, ni llevaba pantalones llamativos o camisas entalladas. Vestía siempre trajes discretos, y cuando apretaba el calor, no tenía ningún reparo en quitarse la chaqueta, arre-



En los últimos quince años, una de las más terribles expresiones de «Policías paralelas» la constituyó el «Escuadrón de la Muerte» brasileño. Amparado por las fuerzas del orden gubernamentales, este grupo causó numerosas víctimas entre sectores de izquierda, una de las cuales aparece sobre estas líneas.

mangarse y desabrocharse el botón de cuello de la camisa para estar cómodo. Esto lo hacía lo mismo en la oficina que en su casa, a donde acudían casi todas las tardes intelectuales y profesionales de la clase media. Cuando fue a buscarle la policía, tal vez se llevase consigo la chaqueta, pero seguro que no se puso ninguna corbata.

Sólo hay otra persona en los Estados Unidos que haya llorado su muerte. Esta persona me llamó un mes después de su detención. La policía había telefoneado a la mujer de nuestro amigo brasileño, negando haberle arrestado.

«¿Qué ocurre?», pregunté.

«Ah», contestó mi amigo que parecía no fiarse demasiado del teléfono, pues añadió, «ya te lo contaré otro día».

Cuando colgué traté de recordar la filosofía política de

aquel amigo brasileño según él mismo me la había revelado en las diferentes conversaciones que sostuvimos en su casa. Recordé sus graciosas anécdotas sobre los generales en el poder, sus comentarios a diversos acontecimientos, los amigos a quienes me había presentado. Sin embargo, ignoraba todo lo referente a sus actividades políticas. Ahora sé que había ayudado a ocultarse o a cruzar la frontera a ciertos guerrilleros que habían participado en el rapto de embajadores y de cónsules. Así que me había engañado. Como también había engañado al joven que me había servido de contacto con los guerrilleros.

«Ahí tiene a nuestra burguesía liberal», me había dicho el joven izquierdista, refiriéndose a la gente a la que yo había conocido en casa de aquél. «¿Qué se puede esperar de ellos?»

Mis prejuicios de clase están tan arraigados en mí que, aunque sentía indudable simpatía por el brasileño desaparecido, no dudé en darle la razón al joven que así le criticaba. Recuerdo mi última conversación con él. Yo le había confesado en cierta ocasión que tenía muchas ganas de conocer a Carlos Marighela, el más famoso de los dirigentes guerrilleros urbanos, a lo que él me había contestado únicamente que Marighela operaba en São Paulo. Poco antes de que terminara mi estancia en Brasil, mi amigo se trasladó a São Paulo en viaje de negocios, y allí seguía cuando le llamé la última noche para despedirme. La criada me informó de que no había regresado todavía. A media noche sonó el teléfono, era él.

«¡Qué lástima que se marche mañana!», me dijo. «Hablé con su amigo en São Paulo y



«...A veces, los policías se exceden en la aplicación de las torturas, y el detenido se convierte en cadáver, cadáver que hay que hacer desaparecer (...) Un procedimiento utilizado por la Policía brasileña para deshacerse de la víctima, consistía en arrojarlas al mar desde algún avión», afirma José Yglesias. (En la foto, izquierdistas detenidos en Brasil como presuntos responsables de secuestro de Charles Burke).

me confesó que le encantaría entrevistarse con usted.» «¡Qué!», exclamé, y mi amigo soltó una carcajada como si hubiese contado alguna de sus graciosas anécdotas. Naturalmente no le tomé en serio entonces.

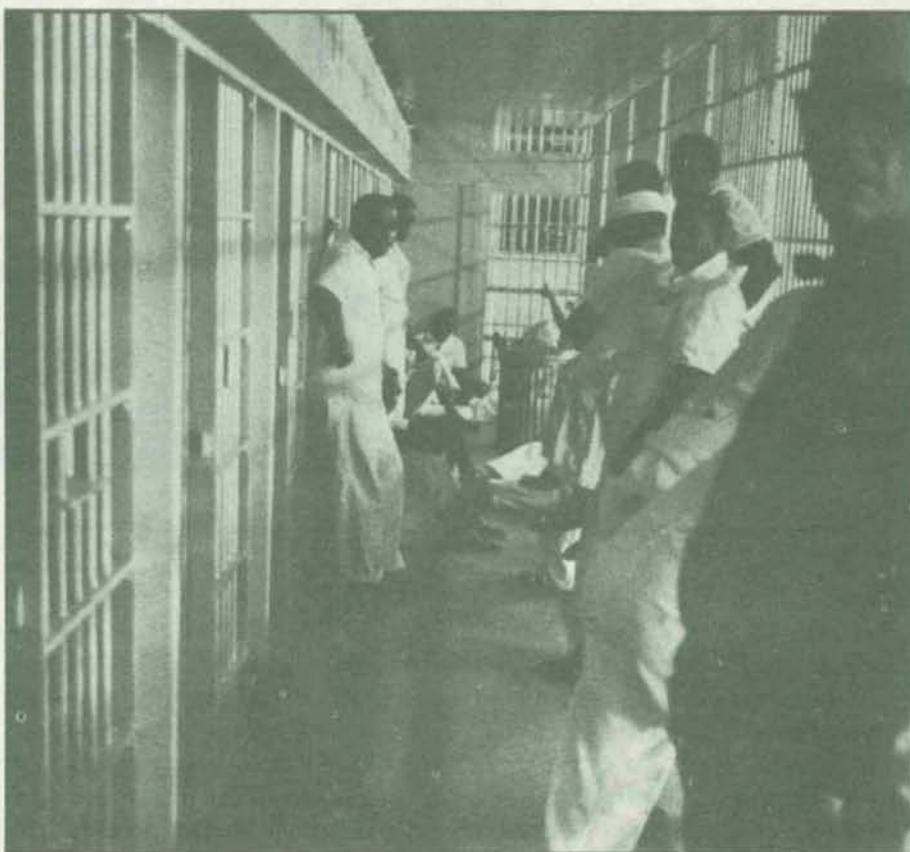
A la mañana siguiente, el conserje del hotel me entregó dos paquetes y un sobre con cartas. Mi amigo se había pasado por el hotel y había dejado allí aquellos paquetes acompañados de una nota en la que me pedía que se lo llevase a ciertos amigos de Chile. En el artículo que escribí sobre el Brasil recogí y suscribí la opinión que al joven izquierdista le merecían los «liberales de la izquierda», entre los cuales incluía naturalmente a mi amigo. Aunque éste y las personas que había conocido en su casa aparecían un tanto disfrazados en mi artículo, es más que probable que mi amigo se reconociese en el mismo. Debió de reírse lo suyo al leer el artículo, pues me contestó con una sola aunque elocuente palabra: «genial».

Las torturas que administra la policía secreta durante sus interrogatorios tienen todas nombres populares que ahora se me escapan. Una de las más blandas consiste en la aplicación simultánea de ventosas a los oídos. Otra de las torturas consiste en atar al prisionero a una barra horizontal que se hace girar como un asador. También se aplican descargas eléctricas a los genitales. A veces, los policías se exceden en la aplicación de las torturas, y el detenido se convierte en cadáver, cadáver que hay que hacer desaparecer. En la época en que a las autoridades sólo les interesaba diezmar a la oposición, un procedimiento utilizado a menudo para deshacerse de las víctimas consistía en arrojarlas al mar desde algún avión. Ahora

al gobierno no le interesan los mártires, y utiliza los cadáveres como señuelos. A los amigos de los hombres que caen en sus garras incumbe la tarea de recuperar los cadáveres para darles sepultura adecuada. En el caso de mi amigo, esto es imposible. Su familia sigue confiando en que las autoridades se lo devuelvan. Tal

vez porque ignoran su grave responsabilidad, su culpa. Ni tampoco pueden quienes le conocen erigir un monumento en su memoria. Digamos pues, que es un miembro anónimo de la clase media que habita barrios elegantes como Flamengo, Copacabana, Ipanema o Leblon, y que también puede engendrar héroes.

5. GEORGE JACKSON



En carta dirigida a su madre, George Jackson escribía: «Los hombres de nuestro grupo (se refiere a aquellos que terminan en presidio, como los que muestra la imagen) han desarrollado su capacidad de resistencia gracias a que han vivido bajo un sistema despiadado y una rutina que embrutece a cualquiera»...

POR último está George Jackson, y en su caso no hay luto posible. Los reformistas de California, que pensaban que todo el que está detrás de rejas es indefectiblemente un criminal, consiguieron la promulgación de una ley que, según ellos, convertiría el período de encarcelamiento de los delincuentes en una espe-

cie de cursillo preparatorio para la vida normal de sociedad a la que el criminal debía volver cuanto antes. Por eso la condena de un delincuente a prisión perpetua podía reducirse a mera fórmula: se le pondría en libertad tan pronto como diese pruebas de estar maduro para la vida en sociedad. Esto es lo que le ocurrió a



El hacinamiento, las pésimas condiciones de vida, la expectativa de unas condenas interminables, convierten la existencia en las prisiones —vemos uno de los dormitorios comunes de la de Arkansas— en centros donde los condenados no hacen sino embrutecerse o soñar en la repetición de aquellos mismos delitos que antes les condujeran allí.

George Jackson a los dieciocho años, cuando fue detenido por robar 70 dólares de una gasolinera. Las autoridades esperaban que, si Jackson era sensato, consideraría su estancia en la cárcel como lo que era: un cursillo terapéutico mediante el cual aprendería a «acomodarse», verbo éste que, debido a la necesidad de auto-engaño propia de nuestro tiempo, rara vez se utiliza en su forma transitiva, pues el dotarle de un objeto puede conducir al escepticismo.

Sin embargo, con Jackson el experimento no dio el resultado apetecido. Jackson supo comprender que la cárcel es la vida normal de nuestra sociedad. Despojada de libertades

ilusorias: la movilidad está totalmente circunscrita; el color de la piel constituye un crimen que uno comete cada vez que se coloca en presencia de un blanco; la autoridad de los gobernantes está basada íntegramente en el poder que detentan. Jackson lo vio con **excepcional** claridad. Por lo menos eso es lo que yo creía hasta que en compañía de mi esposa visité, un día del pasado invierno, una cárcel para hablar a un grupo de doce presidiarios convertidos en alumnos de una clase patrocinada por una universidad local. Me sorprendió la lucidez de los componentes de aquel grupo, negros todos ellos menos uno. El problema fundamental era

para aquellos hombres la esperanza: la confianza en la posibilidad de transformar el mundo.

En una especie de aparte, Jackson dice en una de sus últimas cartas: «Tengo ideas, diez años de ideas», como si hubiese otras cosas que justificasen su supervivencia. ¿Supervivencia? Jackson hizo algo más que sobrevivir, aunque sobrevivir es ya ganar una batalla. Sobrevivió a una niñez pasada en un ghetto, sobrevivió a mil humillaciones, sobrevivió a la pestilencia de los excrementos y la orina que vertían en el interior de su celda los prisioneros blancos, sobrevivió a sus encierros solitarios. Su voluntad era más

fuerte que todo. Hace cinco años escribió a su madre:

«Tengo un plan. no me cansaré nunca de dar, daré todo lo que tengo hasta el final. Los hombres de nuestro grupo han desarrollado su capacidad de resistencia gracias a que han vivido bajo un sistema despiadado y una rutina que embrutece a cualquiera. Se nos ha convertido en la estera del mundo, pero el mundo se enterará un día de lo que son capaces los hombres como nosotros, unos hombres que han andado el camino de la desigualdad, de la represión, del aborto, y que, sin embargo, han sabido resistir. En el libro de la vida habrá una página especial dedicada a los hombres que han logrado salir a gatas de la sepultura. Esta página hablará del salto de la más absoluta derro-

ta, de la rutina, de la pasividad, del sometimiento, a la abrumadora victoria, a la plena realización personal».

Desconozco el secreto de esa fuerza. Entiendo mejor a Jean Genet, otro genio que floreció en nuestras cárceles como la más perfecta de las rosas: sobrevivió y se impuso creando obras de arte que demolían ideas e instituciones sacrosantas. Pero la instintiva respuesta de Jackson, una respuesta que casi ninguno de nuestros artistas o intelectuales hubiese sido capaz de ofrecer, me movió a acudir, cual un nuevo Lafayette, en ayuda de Jackson y sus hermanos negros. Sé perfectamente que no hago más que ocupar espacio en el jardín donde florecen

al sol esas flores negras. No ignoro que Jackson nos ha desposeído de la última razón válida para seguir viviendo como observadores.

Cuando mi esposa y yo salimos de la prisión, después de haber pasado tres horas preguntando y contestando a los reclusos con una honestidad absoluta, descubrimos que era doloroso andar simplemente por el mundo exterior. Sentimos de repente un fuerte dolor de cabeza, que fue disminuyendo a medida que nos acercábamos a Nueva York. Sé que ante la muerte de Jackson la única postura válida es el silencio: cada vez que trato de hablar de él a algún amigo, veo su imagen que se me acerca para decirme: «¡Cállate!» ■ J. Y.



Cuerda de presos negros condenados a trabajos forzados retornan, tras una despiadada jornada laboral, a su centro penitenciario: «Se nos ha convertido en la estera del mundo, pero el mundo se enterará un día de lo que son capaces los hombres como nosotros, unos hombres que han andado el camino de la desigualdad, la represión, el aborto, pero que han sabido resistir», dejaría dicho George Jackson.